



CEDES Don Bosco

"Buenos cristianos y honrados ciudadanos"

“Hagamos un cielo nuevo y una tierra nueva”

“... y un día, felices en el cielo”

Buenas tardes. Quiero ofrecer un saludo cordial y muy a especial a cada uno de ustedes, personal directivo, docente y administrativo, padres de familia, alumnos, exalumnos y personas amigas de Don Bosco, de esta querida Institución CEDES Don Bosco.

Soy el P. Héctor Hernández Espinoza, salesiano de Don Bosco, costarricense y como todos ustedes, también encerrado y compartiendo los efectos de esta pandemia que nos ha hecho cambiar todas las cosas.

Me encuentro actualmente en México acompañando a los novicios, jóvenes que se preparan para ser salesianos. Aquí en una población llamada Coacalco, perteneciente al Estado de México, está ubicado el Noviciado Salesiano que atiende a los novicios de Antillas, Haití, Centro América y México. Precisamente, pasado mañana 16, harán su primera profesión como salesianos de Don Bosco, 12 de ellos.

Me alegra mucho acompañarlos, desde este medio, para celebrar los 205 años del nacimiento de Don Bosco.

Muy significativo y muy en sintonía con esta experiencia que estamos viviendo a nivel mundial, han escogido como tema: “Hagamos un cielo nuevo y una tierra nueva”. Estas palabras del libro del Apocalipsis nos hacen entrar en un clima de esperanza, ante tanta desolación y muerte causadas por la pandemia.

El objetivo: “...y un día, felices en el cielo”, nos hace recordar a nuestro padre Don Bosco que tenía el tema del paraíso a flor de labios y siempre que se le presentaba la ocasión hablaba de él a los jóvenes, y hasta el final de sus días les decía: “los espero en el paraíso”.

También el Rector Mayor de los Salesianos, don Ángel Fernández Artime, nos acaba de regalar en estos días el aguinaldo, es decir, el programa a seguir en la Congregación durante el año 2021, con el tema; “Nos mueve la esperanza, quiero hacer nuevas todas las cosas”.

Quisiera en esta tarde compartir con ustedes algunas ideas sobre el objetivo: “...Y un día, felices habitantes del cielo” desde la perspectiva de Don Bosco. Desde cómo lo vivió él y lo transmitió a sus jóvenes y a nosotros.

... y un día, felices habitantes del cielo



Para abordar el tema, me parece oportuno partir de esta afirmación: Dios creó al hombre para ser feliz. Razón por la cual, al crear a los dos primeros seres humanos, los puso a convivir en el paraíso terrenal. Lugar que tenía todas las posibilidades de realización para ellos.

Un día, el hombre prefirió vivir de otra manera y no aceptó la oferta de Dios. Pero como Dios es un Dios empeñado en el amor y quiere que el hombre viva feliz, le ofrece otra oportunidad en la persona de su Hijo Jesucristo que vino a habitar en medio de nosotros y nos trajo el evangelio, es decir, la buena noticia de la salvación.

Murió y resucitó para darnos vida en abundancia. Entregó su vida para hacernos habitantes del paraíso.

Cuando ya estaba a punto de subir al cielo después de su resurrección, les dijo a sus discípulos: "En la casa de mi Padre hay muchas habitaciones, me voy a prepararles un lugar". Esta palabra de Jesús nos da la certeza de que tenemos nuestro puesto asegurado en el paraíso y por lo mismo nuestro destino es vivir siempre felices. Por el bautismo, Dios nos consagró a ser sus hijos y por lo tanto a ser herederos, a ser felices.

La idea del paraíso y de la alegría era algo que resonaba continuamente en la vida de Don Bosco. A quien quería colaborar con él, le decía te ofrezco tres cosas: pan, trabajo y paraíso. Cuando alguien llegaba cansado de su responsabilidad, le solía repetir: recuerda que un pedazo de paraíso lo arregla todo. Al final de su vida nos deja como testamento: los espero a todos en el paraíso.

Lo mismo podríamos decir sobre la forma en que vivía y consideraba el tema de la alegría.

Todos conocemos el dicho popular: "A mal tiempo, buena cara". En estos tiempos de pandemia que nos ha encerrado a todos y que ha paralizado tantas cosas y que nos ha dejado perplejos y sin tener una respuesta clara de hasta cuándo... es posible que en algún momento nos haya atacado algún sentimiento de tristeza o desesperación.

Aquí es donde se hace presente la frase del Apocalipsis: Mira, yo hago nuevas todas las cosas. Todo esto Dios lo convierte en bien para nosotros, aunque en este momento no lo comprendamos del todo

Aquí es donde es necesario ver testigos, personas que antes de nosotros o en nuestro mismo entorno, las vemos serenas y contentas de la realidad que viven.

Precisamente, los testimonios sobre Don Bosco conservan el recuerdo de un hombre sonriente, sencillo y de bondad exquisita, entendiendo por estas características una afabilidad única, que es la voluntad habitual de alegrar al prójimo impidiéndole estar triste.

Todos cuantos tuvieron la dicha de vivir a su lado, escribía por experiencia don Pablo Albera, atestiguan que su mirada rebosaba caridad y ternura y que ejercía por eso una atracción irresistible en los jóvenes. De temperamento profundamente humano, manifestaba estima y afecto hacia todos, porque él quería difundir la felicidad a su alrededor y en eso encontraba su gozo.

Es significativa su capacidad para entablar amistades auténticas con sus compañeros y, luego, siendo sacerdote, con los jóvenes.



Escogió por principio la bondad visible y palpable, la mansedumbre en los modos de comportarse, la valorización de las cualidades de los demás, el silencio sobre sus defectos y la búsqueda sistemática de su bien humano y sobrenatural.

Escribía a don Cagliero, primer Obispo y Cardenal Salesiano: "Caridad, paciencia, dulzura, nunca reprensiones humillantes, nunca castigos; hacer el bien a quien se pueda y mal a ninguno".

Y a otro salesiano: "Trata la manera de que aquellos con quienes hables, se hagan amigos tuyos".

Todas las categorías de personas se beneficiaron de su dulzura: muchachos mal educados, funcionarios sin miramientos, sacerdotes (y obispos) más o menos hostiles y hasta auténticos bandidos que le atacaban en el camino.

La dulzura paciente de Don Bosco terminó por dar a su santidad el sello característico en el mundo de los santos canonizados. Creo que todos hemos tenido la experiencia de que cuando miramos una estatua o un cuadro de Don Bosco, descubrimos en él a una persona siempre feliz, siempre alegre.

Preocupado de llevar a los hombres a Dios, Don Bosco tenía presente con gusto la seducción de la bondad, la que se le había enseñado en el sueño de los nueve años, y la fuerza que ésa da al apóstol.

Suplicaba a los directores salesianos que escogieran, para mandar, fórmulas que respirasen bondad y serenidad, y añadía: "La experiencia enseña que estos modos, usados a tiempo, son de gran eficacia".

En realidad, en la raíz de su bondad estaba la caridad, tal como la enseñaba san Pablo: "La caridad es benigna y paciente... Todo lo sufre, todo lo espera y lo soporta todo".

La bondad y la dulzura, hijas de la virtud de la caridad, formaban parte de los fundamentos de su espiritualidad. Se podría afirmar también que él coronaba con la bondad y la alegría su edificio espiritual.

Desde su infancia, tuvo siempre atracción por la alegría, pues era por temperamento, según una excelente fórmula de Alberto Caviglia (salesiano, estudioso de Don Bosco) "un santo de buen humor". Era un observador finísimo y muy sensible a las situaciones humorísticas, le gustaba mucho bromear. Se reía gustoso con los suyos. No por nada san Felipe Neri y san Francisco de Sales eran sus modelos preferidos.

Quería, pues, vivir en la alegría. La frase del libro del Eclesiastés: "He comprendido que no hay nada mejor que estar alegre y hacer el bien durante la vida", le pareció tan preciosa que la escribió en una señal de su breviario. Y predicó siempre la alegría.

Ciertamente había ya iniciado su campaña hacia 1832, cuando, a sus diecisiete o dieciocho años, siendo estudiante de secundaria, fundaba la Sociedad de la alegría. Este nombre se adaptaba perfectamente a dicha compañía, "ya que era obligación estricta de cada uno de sus miembros buscar buenos libros y suscitar conversaciones y pasatiempos que pudieran contribuir a estar alegres; por el contrario, estaba prohibido todo lo que ocasionara tristeza".

En 1841, una de las finalidades de su Oratorio fue, con toda intención, tener alegres a los jóvenes de Turín.

De esta forma, Don Bosco entraba en los puntos de vista de san Felipe Neri que, tres siglos antes, había dicho: "Hijos míos, estén alegres: no quiero escrúpulos ni melancolías; me basta que no cometan pecados". Más tarde, Don Bosco recopilará estos pensamientos en el libro de prácticas de piedad del Oratorio, el Joven Insruído.

Pero es necesario matizar la calidad de su alegría. Don Bosco se imponía la moderación y su alegría era serena. Repetía la frase de san Felipe Neri: "Eviten la alegría exagerada, que destruye el poco bien que se ha atesorado". Con razón, quien le conoció o lo ha estudiado de cerca le ve solo sonriente y distendido; no se lo imagina riendo a carcajadas. En la edad madura, después de algunas impacencias de su juventud, Don Bosco unía efectivamente a sus acciones la calma, la bondad y la delicadeza.

A los impacientes, que querían resolver en un santiamén asuntos complejos, solía responder: "Con calma, con calma, que tenemos prisa"

Y permanecía tranquilo y amable, practicando maravillosamente la serenidad. Quería que las condiciones y los efectos de la alegría se reflejaran en un alma liberada, serena y abierta a Dios. La alegría que él vivía y predicaba era una puerta abierta a la gracia.

Él quería hacer felices a los hombres, de manera especial a los jóvenes, con su naturaleza, con sus posibilidades físicas y morales y en el mundo y circunstancias que les son propias hasta la muerte. Aquí podemos descubrir el humanismo de Don Bosco. Pero estaba igualmente convencido de que la felicidad no es posible sin Dios y sin una relación auténtica con él.

Don Bosco hablaba de la verdadera alegría, que procede del corazón, de una conciencia tranquila. Siempre sostuvo, desde el principio hasta el final de su vida sacerdotal: "Vemos que los que viven en gracia de Dios están siempre alegres e, incluso en las aflicciones, tienen el corazón contento.

Quería una alegría arraigada en Dios, que respeta su voluntad y se conforma a ella y deseaba que nosotros "estemos de verdad alegres de cuerpo y alma" y que hagamos ver al mundo cómo se puede estar muy alegres sin ofender al Señor. Esta alegría del alma era, de algún modo, sobrenatural.

Esquematisando su pensamiento, él llegaba a decir que "solamente la práctica constante de la religión puede hacernos felices en el tiempo y en la eternidad". De un modo o de otro, repetía que, con el sustento del cuerpo, el hombre necesita el consuelo del espíritu, y que este no puede encontrarse nada más que en la religión, que es la única que puede elevar los pensamientos y los afectos del alma hasta el bien sublime y perfecto, que no se encuentran en la vida presente".

De ahí que uno de los tres pilares de su sistema preventivo es la religión, junto con la razón y la amabilidad, la bondad.

Haciendo un recuento por la Historia de la Educación, don Bosco sobresale por su manera de ser jovial, alegre y optimista, es decir, una persona que tiene un modo especial de enfrentarse a la realidad.

Sabemos que Don Bosco no procede de un análisis previo, que le lleve a elaborar conscientemente un método educativo, sino que va improvisando según Dios le da a entender en cada circunstancia, según el mismo confiesa. "Voy adelante según se presentan las circunstancias y las necesidades de los jóvenes".



Este modo de ser jovial y alegre aparece en la vida de don Bosco de modo permanente. En las Escuelas públicas de Chieri funda con un grupo de amigos, como ya hemos dicho, la "Sociedad de la Alegría", cuya obligación primordial era "suscitar conversaciones y pasatiempos que pudieran contribuir a estar alegres".

Es significativo que sus oratorios fuesen festivos, es decir lugares de acogida, de alegría de fiesta. "Tengo la impresión de encontrarme en un paraíso terrenal, escribió Domingo Ruffino (unos de sus primeros oratorianos) porque todos están alegres, con una alegría verdaderamente de cielo, y sobre todo cuando don Bosco se encuentra en medio de nosotros".

La alegría es el secreto de la pedagogía de don Bosco. Comprendió a la perfección que, si existe alegría en el quehacer pedagógico, no es preciso imponer la disciplina, porque ésta brota espontáneamente y es aceptada de buen grado, no como algo que viene del más fuerte, sino como una necesidad del trabajo pedagógico. Esta alegría, entonces, es fórmula de vida:

"Si quieres hacerte bueno practica solo tres cosas, y todo irá bien. ¿Y cuáles son esas cosas? Helas aquí: alegría, estudio, piedad. Este es el gran programa, y si lo pones en práctica, podrás vivir feliz y hacer mucho bien a tu alma". Esta era la invitación que hacía a los que ingresaban al Oratorio.

Entonces, alegría, estudio y piedad vienen a ser el carácter distintivo de la pedagogía de Don Bosco.

Don Bosco posee la originalidad de presentar la alegría como el máximo exponente y como el fruto más sazonado de una vida de piedad y de estudio. A su discípulo Domingo Savio le aconseja como algo primordial "una constante y moderada alegría".

San Pablo había aconsejado insistentemente a los cristianos de Filipo que estuviesen siempre alegres en el Señor. Inspirado en estas palabras escribió en el Joven Cristiano: "No es cierto que los jóvenes hayan de llevar una "vida melancólica y privada de toda diversión y pla-cer".

Don Bosco estuvo obsesionado porque, en sus oratorios, en sus centros educativos y en sus comunidades reinase la alegría y se manifestase externamente a los que observaran el comportamiento de nuestras obras. Si hay alegría, si los muchachos se divierten y están alegres, hay garantía de que todo marcha bien y de que el espíritu del maligno está lejos.

Don Bosco en un tiempo generalmente austero para la educación familiar, comprende que el muchacho es muchacho y permite y quiere que lo sea, sabe que su exigencia más profunda es la alegría, la libertad, el juego, la convivencia.

Por eso pedía a los educadores que no solo fuesen maestros de cátedra o predicadores de púlpito, sino amigos de los muchachos, compañeros de sus juegos, capaces de ganarse su amistad y confianza: "Entonces reinaría la paz y la alegría"

Yo creo que este mensaje de don Bosco conserva aún hoy día su frescura. Los pedagogos y educadores de nuestro tiempo se afanan intentando conseguir la eficacia de sus actuaciones planificando al milímetro, desmenuzando el curriculum, inventando nuevos sistemas cibernéticos y esforzándose por aplicar a la educación las más novedosas tecnologías.

Todo ello es laudable y aconsejable; no se pueden cerrar los ojos al mundo que nos rodea ni tiene sentido practicar una pedagogía obsoleta y anacrónica.

Es común el deseo de hallar métodos infalibles, que hagan aprender a los inapetentes muchachos; que reduzcan al mínimo, o lo hagan desaparecer, el alarmante y creciente fracaso escolar y que justifiquen ante la sociedad la inversión cada vez mayor de los presupuestos del Estado, etc.

Sin embargo, a todo este movimiento pedagógico le hace falta algo esencial que don Bosco descubrió, practicó y predicó: la alegría, la simpatía, y, sobre todo, el amor al educando. Comprendió muy bien que una pedagogía triste es una triste pedagogía.

Bueno, para ir concluyendo: ¿cómo aplicamos toda esta enseñanza de Don Bosco hoy? ¿en nuestras familias, en nuestra Comunidad Educativa?

¿Será posible que en nuestros centros educativos haya personal directivo y administrativo, maestros... que se puedan calificar como agrios (o como acostumbro decir "con cara de pan crudo"), malhumorados y descontentos con su profesión o, mejor dicho, con su vocación?

Bien, ahí está el reto que nos hace Don Bosco a todos: Padres de familia, como primeros responsables de la educación de sus hijos, Maestros y Personal administrativo, como colaboradores en esta gran tarea, Institución Educativa como soporte para que la educación se convierta en una fuente de construcción positiva y alegre de la vida de nuestros jóvenes.

Más de un siglo después de don Bosco los educadores seguimos tratando de resolver satisfactoriamente el reto de ofrecer una pedagogía amable, atractiva y gozosa de la que brote espontáneamente una alegría profunda y duradera.

Y, en definitiva, sería el modo de vivir la alegría que nos ofrece Jesucristo Resucitado con un cielo nuevo y una tierra nueva y el deseo de Don Bosco de que vivamos felices en el tiempo y en la eternidad.

Muchas gracias.

P. Héctor Hernández, SDB